

Las misiones del Noroeste. Otra visión de la educación jesuítica

Gabriel Gómez Padilla*

Reivindicar expresamente el recurso del relato y la descripción para el efecto de "historiar" un proceso dado, no es en modo alguno ocioso (Ignacio del Río, 1990: 10)

INTRODUCCIÓN

El 28 de septiembre de 1572 desembarcaron en Veracruz los primeros jesuitas enviados por San Francisco de Borja, al mando del provincial Pedro Sánchez.¹ Llegaron enfermos y fueron atendidos por los agustinos en el Hospital de Jesús en México. Allí falleció el Padre Francisco Bazán; los 15 restantes convalecieron en el hospital de Santa Fe, fundado por don Vasco de Quiroga, el primer obispo de Michoacán y uno de los grandes promotores de la venida de los jesuitas a Nueva España.²

Llegaron para encargarse de la educación de la juventud novohispánica y para ayudar en la conversión de los gentiles. Aunque en este artículo intento únicamente delinear el avance misional al Noroeste debo decir que, en muy poco tiempo, sus logros en el campo de la educación formal fueron impresionantes. Al finalizar el siglo XVI, según la relación de 1602, los jesuitas tenían tres

* Departamento de Historial de la Universidad de Guadalajara.

¹ Acompañaron al provincial Diego López, Pedro Díaz, Hernando Suárez de la Concha, Diego López de Mesa, Pedro López de la Parra, Francisco Bazán, y Alonso Camargo. El P. Antonio Sedaño —sobreviviente de la malograda expedición a la Florida— recibió órdenes de adelantarse a México para preparar la llegada de la expedición. Además de los sacerdotes venían tres estudiantes de teología: Juan Sánchez Barquero, Juan Curiel y Pedro Mercado nacido en México e hijo de conquistador. Los hermanos coadjutores eran cuatro: Bartolomé Larios, Martín de Mantilla, Martín González y Lope Navarro, quien poco después salió de la Compañía (véase Decorme, 1941, t. I: 4).

² En los siete años que el señor Quiroga estuvo en Europa para representar a los obispos americanos en el Concilio de Trento conoció a los jesuitas y decidió traer consigo algunos para Michoacán. Tras repetidas gestiones obtuvo cuatro, pero llegaron tan enfermos a San Lucar que tuvo que embarcarse de regreso sin ellos en 1554.

colegios en la ciudad de México para la educación de los criollos: Todos los Santos, San Pedro y San Pablo y San Ildefonso; en provincia, tenían ya colegios en Oaxaca, Puebla, Guadalajara, y Durango.³ En 1573 Juan Curiel fundó en Pátzcuaro un colegio para indios purépechas; lo menciono expresamente porque de él saldrán los primeros apóstoles de las misiones norteñas (Ramírez, 1987: 20-27).

I. EL SALTO AL NOROESTE

Cuando los jesuitas llegaron, franciscanos, dominicos y agustinos habían evangelizado la parte central del actual territorio mexicano, desde el Istmo de Tehuantepec, al Sur, hasta una línea que pasaba vagamente de Tepic, Nayarit, a Tuxpan, Veracruz, por el Norte.⁴ Pero quedaba todo el Noroeste habitado por centenares de tribus seminómadas, desde el indio xiximí, cazador y antropófago, hasta los ópatas, agricultores y pacíficos, en Sonora. Esta “tierra incógnita” atraía poderosamente la mente y el corazón de los jóvenes jesuitas que se preparaban, de manera intensa, en el estudio de las lenguas indígenas en los colegios indios de Tepetzotlán y Pátzcuaro; sin embargo, aún debían pasar 12 años y dos provincialatos antes de que pudieran dar el gran salto al Noroeste.⁵

A principios de 1590 llegó como visitador Diego de Avellaneda, con la consigna de Roma de fomentar, a cualquier precio, las misiones entre gentiles.⁶ La corriente “indigenista” se sintió animada con la llegada del visitador, pero la inercia —resistencia

³ Para las actividades de los recién llegados véase Cacho, citado en Pérez Alonso, 1972: 27-52. El elenco de los colegios está en la página 40 nota 33.

⁴ Robert Ricard estudió el apostolado de las órdenes mendicantes antes de la llegada de los jesuitas. Su obra, aún no superada, fue publicada por primera vez en Francia en 1933; Jus la editó en castellano en 1947 y el Fondo de Cultura Económica en 1986.

⁵ Los provinciales Juan de la Plaza (1579) y Antonio de Mendoza (1585), no obstante las instrucciones de Roma y su personal inclinación por el apostolado indígena, no pudieron hacer nada definitivo para abrir el campo misional en la Nueva España. Sus datos biográficos están en Zambrano, t. XI: 557-770 y t. II: 13-164, respectivamente.

⁶ Diego de Avellaneda nació en Granada, España, en 1523. Entró a la Compañía, ya ordenado sacerdote, en Andalucía. Apenas terminado el noviciado, asistió como vocal a la primera Congregación General en Roma. En 1567 era ya provincial y le tocó enviar a los primeros jesuitas a Perú y la Florida. Estuvo seis años en Alemania acompañando al embajador marqués de Monteaudo. En 1590 llegó como visitador a México. Murió en España en 1598 (véase Zambrano, t. I: 117-160).



que materia y espíritu tienen para dejar su reposo o frenar su movimiento— era todavía muy grande en la recién nacida Provincia mexicana. Las dificultades vinieron sobre todo del mismo provincial Pedro Díaz, quien temía comprometerse en nuevas expediciones y lanzarse al establecimiento de residencias muy lejanas. Esta timidez explica por qué los jesuitas tardaron 20 años en lanzarse a conquistar el Noroeste. He aquí las palabras del visitador al P. General Claudio Aquaviva, el 11 de marzo de 1592: “El P. provincial fomenta poco el estudio de las lenguas y muestra poco ánimo para promover las misiones de Sinaloa; de allí piden auxilio y ha sido menester mucha destreza para sacar al provincial dos padres y un hermano. Si esto hay estando yo presente, mire Vuestra Reverencia si temeré que en mi ausencia se eche todo en un rincón”.⁷ El 21 de junio el provincial, después de ponderar la “caridad y el deseo de ayudar a los indios que tenía el visitador”, examinaba las dificultades que veía —tanto de disciplina religiosa como de economía— para cumplir las órdenes de Avellaneda: “por esta vía se dispersan y derraman mucho los Nuestros y la experiencia nos ha enseñado que donde hay poquitos, hay poca religión, poca paz y mucha libertad. También en lo temporal no se pueden sustentar sino con grandísima dificultad y dispendio” (véase Zambrano, t. I: 138). A pesar de todo, el P. Avellaneda afirmó su propósito y empujó adelante: robusteció la residencia de Zacatecas; prometió al Virrey don Luis de Velasco hijo, operarios para los chichimecas y envió a Sinaloa al P. Gonzalo de Tapia. Los jesuitas estaban a punto de embarcarse en una aventura que era otro modo de educar.

Entre 1589 y 1716 la Compañía de Jesús abrió diez zonas misionales: San Luis de la Paz y Parras (1589), Sinaloa (1591), Acaxes y Xiximies (1592), Tarahumara Baja (1607), Mayos y Yaquis (1614), Tarahumara Alta (1673), Pimería Alta (1687), Seris (1688), California (1697) y Nayarit (1716). En 178 años pasaron por ellas unos 300 jesuitas. Imposible analizar las 16 misiones en este espacio. Trataré de articular tan sólo los momentos más importantes de este gran movimiento hacia el Noreste, siguiendo muy de cerca al Padre Gerardo Decorme, jesuita francés que es-



⁷ La carta íntegra está en Zubillaga, 1956-1981, t. IV: 280-285.

cribió con mucha sabiduría y cariño La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial.⁸ Consciente de los riesgos de toda sistematización, dividiré la primera parte del artículo en tres periodos, sabiendo que entre la luz y la sombra hay muchos matices y muchas imprecisiones: “Amanecer”, desde la estancia de Gonzalo de Tapia en Pátzcuaro, hasta la conquista del río Fuerte en Sinaloa, diez años después de la muerte de Tapia; “Pleno día”, desde la entrada a la Sierra Madre Occidental hasta la muerte de Kino en Sonora; por último, el “Atardecer” termina con la expulsión por Carlos III. Obviamente que en esta metáfora cronológica la única fecha precisa es 1767. En la segunda parte presentaré, sólo como un “botón de muestra”, la figura de un misionero de Sinaloa y Sonora que me resulta muy atractiva y que, en cierta forma, inspiró a otros muchos en las distintas zonas misionales del Noroeste.

A. Amanecer (1589-1606)

A la etapa inicial o de roturación pertenecen las misiones de San Luis de la Paz y Sinaloa, ambas fundadas por Gonzalo de Tapia, el primer jesuita que se dedicó a la conversión de los gentiles. Trabajaba con los purépechas en las fronteras de Michoacán y Guanajuato, y poco a poco fue entrando desde Irapuato a San Luis Potosí, amistando con los chichimecas, que en sus correrías llegaban hasta 20 leguas de México. En 1589, con el apoyo del virrey don Luis de Velasco, fundó la misión de San Luis de la Paz Guanajuato.⁹ Gonzalo era pequeño de cuerpo, corto de vista (usaba unos lentes gruesos), pero tenía una visión muy larga que llegaba de Sinaloa hasta la Sierra de Topia en Durango. En 1591, a instancias del gobernador Rodrigo del Río y Loza, Gonzalo de Tapia pasó de San Luis de la Paz a San Felipe y Santiago de

⁸ Los dos primeros volúmenes de Decorme, dedicados a Colegios y Misiones, fueron editados por Porrúa en 1941; el tercero, dedicado a la vida y muerte de los expulsos en Bolonia hasta 1839, permanece aún inédito.

⁹ El nombre alude a la pacificación de los chichimecas ideada por Fray Domingo de Alzola OP, obispo de Guadalajara e implementada por el gobernador de Nueva Vizcaya, Rodrigo del Río y Loza, con ayuda de franciscanos y jesuitas (véase Powell, 1977: 189-212).



Sinaloa, en compañía del criollo Martín Pérez.¹⁰ Era la Villa el último asiento europeo en el que apenas sobrevivían cuatro familias españolas rodeadas por más de 100 000 indígenas. Desde este pueblito (hoy Sinaloa de Leyva) iniciaron los jesuitas su avance misionero siguiendo el curso de los seis ríos: Mocorito, Petatlán, Ocoroni, Fuerte, Mayo y Yaqui.

El mismo año de 1591, Jerónimo Ramírez, también exprofesor del colegio de Pátzcuaro, hacía los primeros contactos con los indios laguneros de Parras.¹¹ Un año después, en 1592, Hernando de Santarén “el conquistador pacífico” entraba con los acaxes de la Sierra de Topia, entre los actuales estados de Sinaloa y Durango.¹²

Gonzalo de Tapia pagó pronto el precio de su audacia. Fue muerto a macanazos el 10 de julio de 1594. En la curia de los jesuitas, en México, se conserva con veneración la mitad de su cráneo que sirvió de copa para las sacrílegas libaciones del brujo Nacabebe. Cuatro años después, el brujo fue aprehendido y ajusticiado por el capitán Diego Martínez de Hurdaide, un criollo zacatecano que durante 30 años será no sólo un gran amigo de los jesuitas, sino un auténtico misionero con armadura. A su dura mano militar y a su oportuno y generoso sentido del perdón los jesuitas deben, en buena parte, los 10 000 bautizados que diez años después del martirio de Tapia tenían en el sur de Sinaloa.¹³

En 1596, el infatigable Jerónimo Ramírez dejó Parras para hacer los primeros contactos con los tepehuanes de Durango;¹⁴ le suplió el recién ordenado Juan Agustín de Espinosa, quien reforzó Parras al parecer con el apoyo de tlaxcaltecas cristianos trasladados por don Luis de Velasco a Coahuila (*ibid.*: 18-19).



¹⁰ La entrada de Tapia y Martín Pérez en Sinaloa y la organización de la misión están en Decorme, 1941, t. II: 147- 157 y en Shiels, 1958: 117-155.

¹¹ Jerónimo Ramírez nació en Sevilla en 1548. Estuvo como maestro de gramática en el Colegio de Pátzcuaro, donde trabó gran amistad con Gonzalo de Tapia. Sabía mexicano y purépecha. Después de abrir las misiones en Coahuila y Durango fue enviado a fundar el Colegio de Guatemala. Anciano, retornó a Pátzcuaro (véase Zambrano, t. XII: 325-378).

¹² La bio-bibliografía de Santarén está en Zambrano, t. XIII: 496-724; véase también Gutiérrez Casillas, 1964, *passim*.

¹³ El martirio de Gonzalo de Tapia y sus terribles consecuencias para la misión de Sinaloa están en Shiels 1958: 181-204.

¹⁴ Las primeras entradas de Jerónimo Ramírez en la sierra tepehuana hasta 1596 están en Decorme, 1941, t. II: 41-47.

El año del despegue definitivo fue 1605. Sobre el río Petatlán, Hernando de Villafañe —paisano de Tapia y su compañero y amigo en el Colegio de Pátzcuaro— redujo a los guazaves y tamazulas. Pedro Méndez, apodado “el Viejo”, ganó con su amabilidad a los níos, mientras se jugaba la vida entre los ocoronis y los tehuecos como veremos. Ese mismo año, los hijos de Ignacio emprendieron la conquista del río Fuerte, así llamado desde la construcción del fuerte de Montes Claros que Hurdaide negoció en su viaje a México, donde fue llamado para ampliar su informe sobre el estado de Sinaloa, en 1602. El futuro provincial e historiador Andrés Pérez de Rivas se estableció entre los ahomes y zuaques, y un año después Cristóbal de Villalta, recién llegado con Hurdaide, atrajo amablemente a los tzoes cercanos a Choix. Así, poco a poco, se fue abriendo a los jesuitas el ilimitado campo del Noroeste.¹⁵

B. Pleno día (1607-1711)

La entrada en la Sierra Madre fue especialmente difícil, y relativamente fácil en la costa. Desde 1607, el catalán Juan Fonte tuvo los primeros contactos con los rarámuris de la Tarahumara Baja; pero los barrancos de Chínipas, en los que Salvatierra trabajaría después durante diez años, frenaron por largos años el esfuerzo misionero (*ibid.*: 247-254). Entre tanto, la penetración española pisaba ya tierras sonorenses, pero allí estaban los yaquis cerrando el paso a soldados y misioneros. Martínez Hurdaide cargó duro, pero fue tres veces derrotado; salió con cinco heridas y en la Villa, creyéndole muerto, le dijeron sus misas de *réquiem*. Pero el capitán guardó la espada y sacó a relucir la diplomacia; se negoció y celebró la paz en la Villa de Sinaloa el 25 de abril de 1610. Despejado el horizonte de la guerra, Méndez y Pérez de Rivas pudieron continuar la evangelización de los mayos y Pedro de Velasco, sobrino del virrey, pudo trabajar en Sinaloa con los hogueras y chicoratos. Siete años después de las paces, los yaquis pidieron “misioneros como el Padre Méndez”; Pérez de Rivas fue a México

¹⁵ El avance misionero después de la muerte de Tapia hasta la rebelión de los huites sofocada por Hurdaide está en Decorme, 1941, t. II: 164-189.

a buscarlos y se trajo a Tomás Basilio, recién llegado de España, quien se quedó 30 años en la zona, mientras que Pérez de Rivas fue llamado a México para gobernar algunos colegios y luego la Provincia, después de 16 años de misionero.

Mientras Sonora se abría al evangelio, el rayo de la guerra se encendía nuevamente en Durango, donde los tepehuanes encontraron intolerable el dominio español y se rebelaron en 1616. Sabían que prácticamente muchos españoles y todos los jesuitas se juntarían, en el pueblo de Zape, el 21 de noviembre, para celebrar la llegada de una imagen de la Virgen; pero una recua con víveres y ropa para las minas, que pasó por Atotonilco el 18, desató la matanza. Ocho jesuitas con dos franciscanos y algunos españoles fueron sacrificados entre el 18 y 21 de noviembre: Hernando de Tovar, Bernardo de Cisneros, Diego de Orozco, Luis de Álvarez y Juan del Valle, Juan Fonte, Jerónimo de Moranta y Hernando de Santarén.¹⁶

En 1621 fracasó Juan Castini en su entrada a Chínipas, en la parte oriental de la Sierra Tarahumara, pero Sonora, después de las paces del Yaqui, abrió definitivamente sus puertas a los jesuitas.¹⁷ Los Padres Bartolomé Castaño, Diego de Vanderzype y un pariente de San Francisco Xavier, Martín de Azpilicueta, bautizaron a 17 000 Pimas Bajos. Para 1623 eran ya 100 000 cristianos en la costa del Pacífico Norte.

Pero volvamos a la Sierra Madre, congelada 15 años desde la rebelión de los tepehuanes. En 1630, el portugués Gabriel Díaz, también exprofesor del colegio de Pátzcuaro, fundó la primera misión estable en la sierra: San Miguel de Bocas. En la década de los treinta, se establecieron otros tres centros misionales. Sin embargo, en 1630, cayeron en Chínipas otros dos jesuitas: Julio Pascual y el portugués Manuel Martínez.¹⁸ La sangre derramada en Chihuahua, como la lluvia que lleva el viento, fructificó en



¹⁶ Las biografías de los ocho jesuitas muertos por los tepehuanes, cuya causa de beatificación ha sido introducida, están en Gutiérrez Casillas, 1981: 33-81.

¹⁷ El fracaso inicial y las subsecuentes entradas a Chínipas, entre 1601 y 1621, están en Decorme, 1941, t.: 213-218.

¹⁸ Las circunstancias del martirio de Julio Pascual y Manuel Martínez las narra Decorme, 1941, t. II: 313-218. Las notas biográficas están en Zambrano, t. XI: 151-208 y t. IX: 214-257, respectivamente.

Sonora: para 1636, la evangelización de los ópatas de Ures al río Babispe era un hecho; y para mediados del siglo XVII, el sur de Sonora tenía ya 25 000 bautizados congregados en 23 pueblos de misión. En la década de los cuarenta, se fue gestando un serio conflicto entre los sistemas colonial y misional, con ocasión de las recién descubiertas minas de Parral y sus alrededores. Entre 1650 y 1652 la Tarahumara Baja tuvo sus primeros mártires: Cornelio Beudin, flamenco y el italiano Antonio Jácome Básile.¹⁹

Hacia 1670 los jesuitas habían avanzado por la costa hasta la mitad del estado de Sonora, mientras al este de la Sierra Madre los franciscanos tenían ya una cadena de misiones desde el Río Nazas hasta Nuevo México. Pero entre estas dos líneas de avance quedaban las cumbres de la Alta Tarahumara, allí donde nacen los ríos Yaqui, Mayo, Fuerte y Conchos. Por eso, en 1673, los jesuitas, apoyados por el gobernador de Durango, García de Salcedo, decidieron emprender la evangelización de la Sierra Alta por Carichic. Los Padres José Tardá y Tomás de Guadalajara son los grandes apóstoles.²⁰

Volvamos la vista hacia la vertiente del poniente hasta los desiertos de Sonora. El 13 de marzo de 1687, Eusebio Francisco Kino hace su entrada en la Pimería Alta. De él escribió Bolton: “Eusebio Francisco Kino fue el misionero explorador más pintoresco de todo el Norte de América: descubridor, astrónomo, cartógrafo, fundador de misiones, magnate ganadero, rancharo y defensor de la frontera. Su biografía no cuenta simplemente la vida de una persona notable; esclarece la historia de la cultura de gran parte del Hemisferio Occidental en los días de su colonización” (Bolton 2001: 43); 23 asentamientos humanos y la estructura agropecuaria del norte de Sonora y sur de Arizona, directa o indirectamente, están conectados con Kino. Hace 18 años el gobierno mexicano emitió un timbre postal para conmemorar el

¹⁹ Cornelio Beudin aparece en el Diccionario de Zambrano bajo su seudónimo castellano de “Godínez” (t. VII: 174-199) y la biografía de Jácome Antonio Basile está también en Zambrano, t. IV: 75-89. Las circunstancias de ambos martirios están en Decorme, 1941, t. II: 270-275.

²⁰ Para obtener mayor información de José Tardá, véase Zambrano, t. XIV: 124-153; los datos de Tomás Guadalajara están resumidos por Gutiérrez Casillas en Zambrano, t. XV: 718-719. Los años difíciles de la Tarahumara —1673-1771— están en Decorme, 1941, t. II: 282-313.

tricentenario de la llegada de Eusebio Francisco; pero el *United States Postal Service*, no obstante intensas gestiones de la sociedad civil, se negó a hacerlo alegando que se trataba en un personaje religioso.

Un año después de la llegada de Kino, Adan Gilg establece la misión de Santa María del Pópulo entre los seris.²¹ Más tarde veremos el trágico fin de esta difícil misión aparentemente tan estéril como la isla de Tiburón. Entre tanto, vientos de guerra llegaban desde Nuevo México a la Alta Tarahumara, que durante 17 años fue un pinar en llamas. En 1690 fueron sacrificados otros dos jesuitas: Manuel Sánchez y Diego Ortiz de Foronda,²² mientras Xavier Saeta, protomártir de Sonora, caía en la revuelta pima de 1695.²³ Luego vino la gran revuelta de 1697, narrada magistralmente por el P. Newman. La inseparable bina Tardá-Guadalajara y andariego Glandorf cuyas “milagrosas” sandalias se conservan en el noviciado de Ciudad Guzmán, emprendieron la reconstrucción.²⁴

Los jesuitas se establecieron definitivamente en la Baja California en 1697. Kino había puesto las bases en la fracasada expedición de Atondo, 12 años antes; pero las misiones de la Baja California tuvieron su origen inmediato en la amistad de Kino, Salvatierra y Juan de Ugarte, quienes supieron entusiasmar a la (diríamos ahora) iniciativa privada para organizar el “Fondo piadoso de las Californias” que, en plena bancarrota de la corona española, fue la generosa infraestructura que permitió añadir a México el territorio bajacaliforniano. Kino nunca pudo regresar a su amada California y tampoco pudo olvidarla: le preocupaba la suerte del galeón de Manila, pero sobre todo apoyar a sus “amigos en el Señor” que necesitaban comida. En el invierno de 1700 herró 700 vacas para enviarlas por el Yaqui a California y siguió



²¹ Sobre la primera época de la misión seri, véase Decorme, 1941, t. II: 445-448.

²² Sobre Manuel Sánchez y Diego Ortiz de Foronda, véase Zambrano, t. XIII: 262-271 y t. X: 659-665, respectivamente.

²³ Sobre la rebelión pima de 1695, véase Gómez Padilla, 2004: 11-26.

²⁴ Joseph Newman escribió la historia de las rebeliones tarahumaras entre 1626 y 1724; Luis González R. aprovechó las crónicas del misionero para su magnífica tesis doctoral, cuya síntesis fue publicada en español como *Historia de las rebeliones de la Sierra Tarahumara (1625-1724)*.

tercamente rastreando el camino de las conchas azules hasta encontrar, en 1702, el paso por tierra a California.²⁵ Las crónicas de la epopeya californiana pertenecen a las mejores páginas de la historia de la Compañía de Jesús.

Para esas fechas, el Nayar, a pesar de tener tan cerca la Audiencia de Guadalajara, era un refugio de apóstatas y forajidos. Los jesuitas emprendieron su última conquista justo 50 años antes de la expulsión de Carlos III. Miguel de Solchoaga fue el pionero, en 1716, luego de fracasados intentos de los franciscanos. En 1721 sucedió algo inaudito en la conquista espiritual del Noroeste: el “Tonati” (sacerdote del sol) y otros caciques aceptaron ir a México para entrevistarse con el virrey, marqués de Valero. En la primera audiencia intercambiaron bastones de mando; en la segunda, el virrey les hizo saber que para obtener la protección del rey debían recibir amistosamente a los jesuitas. Al regreso, antes de llegar a Zacatecas, los caciques huyeron y la mesa del Nayar tuvo que ser conquistada por las armas. Después el Tonati reapareció y favoreció al cristianismo. Pronto los jesuitas edificaron cuatro pueblos y pronto los indios los quemaron; pero 15 años antes de la expulsión se puede decir que el Nayar era una próspera misión (véase Decorme, 1941, t. II: 545-561).

C. Atardecer (1712-1767)

A la muerte de Kino las misiones de Sonora cayeron en ruinas hasta que, por la década de los treinta, vino una segunda ola de misioneros alemanes: Segesser, Grazhofer, Keller, Pfefferkorn etc. (véase Donohue, 1969 *passim*). De 1730 a 1767 las misiones del sur de Baja California tuvieron serios tropiezos: durante el levantamiento de los pericues en 1734, fueron sacrificados los PP. Lorenzo Carranco y Segismundo Tamaral.²⁶

Pero más graves fueron los conflictos entre el sistema colonial y misional que empezaron a surgir ya en “pleno día”. En 1657,

²⁵ La mejor descripción de la expedición de Kino y Atondo en California está en Bolton, 2001: 143-291; para la búsqueda del paso por tierra a California, véase también Bolton, 2001: 521-593.

²⁶ Los resúmenes de las biografías de los PP Carranco y Tamaral están en Zambrano, t. XV: 419-424 y XVI: 557, respectivamente.

los jesuitas tuvieron un duro enfrentamiento con el capitán del presidio de Sinaloa, que culminó con el entredicho a la población de San Felipe y Santiago y la huída de los misioneros, quienes recordaban amargamente la edad de oro del Gran Capitán Martínez de Hurdaide.²⁷ Durante el provincialato de Salvatierra (1704-1706) las misiones se quedaron sin recursos por más de tres años y el virrey, duque de Alburquerque, se negó a pagar los 6 000 pesos concedidos por Felipe V a la California, con el pretexto de que esos dineros eran necesarios para sufragar los gastos de la Guerra de Sucesión. Salvatierra, apoyado por la consulta de Provincia, decidió entregar todas las misiones al clero secular. Ante esta tremenda presión, el virrey aceptó de muy mala gana pagar los sínodos de aquel año, pero descargó sus resentimientos sobre la misión de California.²⁸ Por otro lado, la primera propuesta de secularización se dio en el Valle de Sonora por febrero de 1722, en el contexto de la disputa por la mano de obra indígena. El alcalde mayor, José Pacheco Cevallos, convocó a una junta secreta de vecinos españoles; allí propuso, en 13 puntos, una reforma agraria y de gobierno interno tácitamente enderezada a la destrucción del sistema misional.²⁹

Aquí toca hablar de nuevo de los seris. En 1729 llegó a lo que hoy es Bahía Kino su gran apóstol, el P. Nicolás de Perera. Poco más de 20 años trabajó con relativo éxito hasta que, en 1750, el gobernador Diego Ortiz de Parrilla, para someter definitivamente a la levantisca tribu, deportó a todas las mujeres seris desde Pitic (hoy Hermosillo) hasta Guatemala. Perera protestó inútilmente; desde entonces los seris nada quieren saber del cristianismo...³⁰

²⁷ El P. Francisco Xavier Faría, con este motivo, dirigió al virrey y al gobernador de Nueva Vizcaya su *Apologético Defensorio y puntual manifiesto que los Padres de la Compañía de Jesús, misioneros de las Provincias de Sinaloa y Sonora, ofrecen... al rectísimo tribunal y senado justísimo de la razón... contra las antiguas, presentes y futuras calumnias... que cada día les está maquinando la iniquidad...*

²⁸ Alegre nos narra el conflicto en ABZ, IV: 192-199.

²⁹ Paralelamente a la junta de vecinos hay un decreto firmado por el "Anciano de la soledad" quien, según el P. Polzer, es el Padre Francisco Xavier Maestanza y que fue retomado por el visitador José María Genovese en su informe de 1722 al virrey Marqués de Balero (véanse, respectivamente, Polzer, 1982: 66-72 y González, 1977: 125-187).

³⁰ La segunda época de la misión seri que culmina con el genocidio, está en Decorme, 1941, t. II: 438-444.



Un año después, los pimas, encabezados por el cacique Luis de Saric, también protegido del fatídico Ortiz de Parrilla, se rebelaron en Tubutama matando a más de 100 españoles y dos jesuitas: Enrique Rhuen en Sonoita y Tomás Tello en Caborca.³¹

Por esa época, cuando los jesuitas comenzaron a perder el control, se empezaron también a secularizar viejas misiones: se entregaron a la diócesis de Durango Parras, las de los tepehuanes donde, al decir de Decorme, “apenas se hallaba [un jesuita] de regular tamaño” (1941, t. II: 76). Los hombres, y por tanto el cuerpo apostólico, también se desgastan... Se secularizó también la misión de los acaxes cuya población, al ser reducida a pueblos, menguó más del 80%.³²

Pero en medio de la noche que se venía encima no todo era desolación. Mientras las misiones de la Baja California Sur decaían después del levantamiento pericú, en el Norte se dieron importantes progresos. En 1752 aparece en el horizonte de Santa Gerturdis la figura más importante en los últimos días de la California jesuítica: el croata Fernando Consag, quien como irónicamente dice Carlos Lazcano: “exploró islas que nunca existieron y fundó misiones que se perdieron, además de predicar en el desierto y dar inicio a lo que actualmente es Baja California y todo a Mayor Gloria de Dios” (Lazcano y Pericic, 2001: 406).

Llegamos casi al final del camino. Carlos III guardó en su real pecho las razones que tuvo para expulsar de sus dominios a los jesuitas. Al promulgar el decreto, el marqués de Croix dijo a los súbditos de su majestad “que habían nacido para callar y obedecer y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del gobierno”. Los que catequizaron los jesuitas ni callaron ni obedecieron: hubo motines en San Luis Potosí, Guanajuato y en San Luis de la Paz. El descontento se extendió por las tierras de Tata Vasco: la reacción del gobierno fue dura. Decorme —historiador siempre seguro en sus datos— cuantifica la brutal represión de José de Gálvez: “En toda la campaña que duró cuatro meses concurrieron 5,000 hombres armados, se gastaron 60,000 pesos, se ahorcaron 85 personas, se azotaron 75,

³¹ Sobre la rebelión de Tubutama, véanse Donohue, 1969: 127-138 y Mirafuentes: 105-124.

³² La misión de los xiximíes se agregó a la de los acaxes en 1613; ambas fueron secularizadas en 1753 (véase Decorme, 1941, t. II: 145).




se condenaron a presidio 664 y 110 al destierro, sin incluir en estos las familias de los ajusticiados”. Por su misión “pacificadora” Gálvez recibió del rey el título de Marqués de Sonora (Decorme, 1941, t. I: 455).

De las misiones norteñas salieron al destierro 111 jesuitas: siete de San Luis de la Paz; 51 de Sinaloa y Sonora; 16 de Baja California; 19 de la Sierra Tarahumara; 11 de los barrancos de Chínipas y siete del Nayar. Los diarios de los arrieros que acompañaron a los de Sinaloa y Sonora desde Tepic a Veracruz señalan que 12 murieron en Ixtlán (entre ellos Nicolás Perera y Juan Nentuig) y en el camino a Guadalajara otros seis más. En total 22 de los 51 que salieron del Norte murieron en el trayecto que hoy cruza tan fácilmente Plan de Barrancas por la autopista a Tepic. El comandante Joseph de Trigo, encargado de conducir la columna, notificó al virrey de que por humanidad había acortado las jornadas en atención a los enfermos; recibió del marqués de Croix esta respuesta el 22 de octubre de 1768: “Reconociendo que sería difícil llegar a tiempo oportuno para embarcarse en las urcas [naves] que están ya a la vela en el puerto de Veracruz, he dado mis órdenes para que desde la hacienda de Arroyo Zarco... prosigan su viaje a dobles jornadas” (González, 1977: 173). Decorme nos cuenta (en su tercer tomo inédito) las penalidades de la travesía, la prisión en España y la supervivencia en Bolonia de 1767 a 1839. Es la triste visión de un campo de batalla en el que murió la Compañía de Jesús a manos de su jefe supremo el Papa. Después de la expulsión, una misión franciscana y cinco dominicas son el precioso puente hacia la Alta California. El Fondo Piadoso sostiene el último gran avance del imperio español: las historias de los capitanes Anza, Rivera de Moncada, y de los franciscanos Serra y Garcés —también martirizado por los yumas— están en la punta del *iceberg*.



II. LOS MISIONEROS

He descrito esquemáticamente el avance al Noroeste, la consolidación y la decadencia de las misiones; veamos ahora un poco a quienes protagonizaron esta epopeya. En general, los misioneros fueron hombres de amplia cultura que hubieran podido sostener con honores cátedras en Europa como Kino; otros de elevada



clase social, como Ratkay, quien fue paje del emperador en Viena. Los jesuitas fueron los primeros historiadores del Noroeste: Pérez de Rivas, Venegas, Kino, Pffefferkorn, Nentuig escribieron crónicas tan amenas e importantes como las famosas relaciones jesuíticas de Canadá.³³ Su vida cotidiana era muy dura. Unas palabras de Gonzalo de Tapia para valorar más su entrega: escribe desde Sinaloa al P General Claudio Aquaviva el 1 de agosto de 1592: “Acá se necesita vivir muy consolados (hoy diríamos existencialmente realizados); porque la gente con que se trata son bárbaros, rudos e incultos: no hay vestido que remudar, no hay casa en qué vivir, no hay quien aderece de comer ni, muchas veces, nada que aderezar. No hay con quien desenfadarse un rato y hay mucho de qué enfadarse; un rato de oración y retiramiento es difícil; los superiores están lejos: en tres meses van las cartas y en otros tres viene la respuesta” (Alegre, 1956-1960, t. I: 571-573). En realidad, la empresa misional requería grandes cualidades humanas: virilidad, carácter, inteligencia, valor, inventiva, salud, constancia. Como Pablo de Tarso, los jesuitas no se amedrentaron ante barrancas ni desiertos para llegar a tribus salvajes y hostiles; ni ríos, ni hambre, ni fríos, calores o sed los frenaron. Como vimos, los misioneros a cada paso podían oír el grito de guerra o ver sus chozas incendiadas. Estaban continuamente a merced de los caprichos de los indios o de los celos muy explicables de sus hechiceros. El martirio a cada instante era posible. Veinte misioneros derramaron su sangre por Cristo en 27 rebeliones indígenas que hubo en tiempos de la Colonia y casi todos vivieron contentos entre diarios peligros, lo que es otro tipo de muerte.

La explicación más profunda de este género de vida no hay que buscarla fundamentalmente en los recovecos del idealismo humano, o en el entramado social novohispánico, sino en una meditación de los *Ejercicios Espirituales* en la que Ignacio de Loyola enfrenta, de manera imaginativa, al jesuita, al llamamiento del Rey Eternal, y le sugiere una respuesta. “Mi voluntad —dice Cristo al ejercitante en esta meditación de donde brota toda la fuerza apostólica de la Compañía de Jesús— es conquistar toda

³³ Bolton comenta ampliamente el valor de las crónicas misionales novohispanas, en “La llegada de los ropas negras”, en Bolton, 2001: 49-72.


la tierra de infieles. Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc., asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche porque así después tenga parte conmigo en la victoria como la ha tenido en los trabajos” (Iparraguirre, 1963: 219 (núms. 94 y 95)). Ignacio de Loyola —profundo conocedor de Dios por la mística y de la naturaleza humana por la psicología— invita enseguida a “considerar que todos los que tuvieren juicio y razón, ofrecerán sus personas al trabajo”. Más aún, en esa lógica de la caballería medieval, estimulada por las noticias que llegaban de un Mundo Nuevo en América, dice el autor de los *Ejercicios* que “Si alguno no aceptase la petición del Rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero” (*ibid.*). Cuando Gonzalo de Tapia habla que “por acá se necesita vivir muy consolado” se refiere a sentir, sobre todo en medio de la desolación, la fuerza consoladora que brota de la meditación del Reino capaz de hacer un héroe de un cualquiera.

A. El “Viejo” Méndez

En esta segunda parte, como “botón de muestra” de esta dinámica de los Ejercicios Espirituales, presentaré una figura poco conocida para la mayoría de los lectores, pero que puede ayudarnos a captar afectivamente el carisma jesuítico que subyace en la evangelización del Noroeste: se trata del portugués Pedro Méndez, apodado el “Viejo” porque entró al noviciado a los 25 años.³⁴ Llegó a México en 1588, año de la decapitación de María Estuardo y de la derrota de la Armada Invencible. Aprendió náhuatl, su primera lengua indígena, mientras terminaba sus estudios de teología. Recién ordenado pidió ir a las misiones norteñas. La Carta annua de Sinaloa de fines de 1594 dice: “Por ese tiempo sonó la nueva de que venían a Sinaloa los PP. Hernando de Santarén y el P. Pedro Méndez, grandes misioneros, por lo cual, con gran júbilo y alegría, dicen que dijo el P. Tapia: Ahora sí que hemos de dar un gran empellón y zancadilla al demonio” (Zambrano, t. IX: 373).

³⁴ Pedro Méndez nació en 1555 en Villaviciosa, diócesis de Evora, en Braganza de Portugal. Entró a la Compañía en Plasencia, España. Fue ordenado sacerdote probablemente en 1591 por el obispo de Tlaxcala en la capilla de la hacienda de San Juan de los Llanos del colegio de Puebla. Llegó a Sinaloa con Santarén días después del martirio de Gonzalo de Tapia (véase Zambrano, t. IX: 365-455).





Quisiera mostrar esta zancadilla en cámara lenta; para ello resumo a Francisco Xavier Alegre:³⁵ Pedro Méndez nunca conoció en persona a Gonzalo de Tapia pues llegó a Sinaloa días después de su martirio; pero cuentan que quedó muy impresionado cuando le enseñaron el brazo izquierdo del protomártir con los dedos en cruz, tercamente apuntando al cielo. El “Viejo” fue destinado a los ocoronis entre los que estuvo 11 años y aprendió tres nuevas lenguas. A los 50 años fue destinado a trabajar entre los tehuecos. Ahí aprende su quinta lengua y traduce a ella el “Flos Sanctorum”. En 1611 estalla la rebelión entre los tehuecos y los superiores lo mandan a la Profesa en México, con la promesa de que lo llamarían de nuevo en cuanto se abriera la misión de los mayos. A este interludio pertenece esta carta que el “Viejo” escribió a Martín Pérez, su superior: “Aunque el Padre visitador me ha dado buenas esperanzas de que en abriéndose la puerta para la conversión de los gentiles del río Mayo, seré yo el primero que allá vaya; con todo tengo muy grande empacho y vergüenza de haber salido (aunque llamado por la obediencia) de entre los tehuecos por parecerme que he vuelto las espaldas a lo que el jesuita vine a buscar de España a estas partes. Sólo me consuela que Vuestra Reverencia volverá por mi vocación y me dará la mano y me levantará no a cosas de honra ni de regalo sino a padecer por quien por mí padeció tanto y a quien tanto he ofendido que es lo que siempre he deseado, desde que trabajo en estas incultas selvas de la gentilidad. Pues no es razón que contradicciones, persecuciones, ni peligros nos hagan volver las espaldas afrentosamente, máxime a mí que tan poco importo, habiendo de entrar en estos terrenos y peligros otros sujetos que por sus grandes talentos, importan tanto a la Compañía” (Alegre, 1956-1960, t. II 1858: 222-223). En cuanto se abrió la misión en el río Mayo, el Viejo cabalgó 400 leguas (1 200 km) hasta Navojoa y, al llegar, hizo prometer al superior que por ningún peligro le obligaría a refugiarse en el presidio de Sinaloa. Hacia 1628 le mandaron como ayudante a Diego de la Cruz, 26 años más joven que él, quien se hizo cargo de los siete pueblos que el “Viejo” había fundado sobre

³⁵ La llegada de Méndez a Sinaloa está en Alegre, 1956-1960, t. I: 432-433; el grueso de su apostolado en Sinaloa y Sonora está en el tomo II: 115-120, 221-223, 286, 328, 397, 415 y ss.

el río Mayo. Aquí vale la pena citar la frase de otro misionero de Sinaloa, Diego de Guzmán, porque nos da en cuatro palabras la característica más notable de la personalidad del “Viejo”: “Este buen Padre Méndez después de 24 años de misionar en Sinaloa trabaja como si comenzara” (Zambrano, t. IX: 412).

Ya vimos cómo los yaqui aceptaron la paz y se abrieron al evangelio, con la condición de que les mandaran “misioneros como el Padre Méndez” ... El rumor llegó a oídos del “Viejo”, al que, por segunda vez, los superiores habían logrado convencer que descansara en la Profesa y, ni tardo ni perezoso, volvió a la carga importunando al provincial todo el año; así que a los 62 de edad se pone a perfeccionar el yaqui, su séptima lengua indígena, y misiona diez años junto a Ciudad Obregón. En 1627, a los 72 años quedaban por evangelizar los sisibotaris y el P. Méndez, quien se hallaba retirado por enfermedad en la villa de San Felipe, se ofreció a la empresa y emprendió, como si tuviera 20 años, aquel largo viaje de 70 leguas; a su paso lo recibieron en triunfo sus hijos ocoronis, tehuecos y los del río Mayo; y para el 15 de noviembre se hallaba ya entre sus sisibotaris. No quiero alargar más la historia, solo diré que trabajó en Sahuaripa, Sonora, nueve años más y, por fin, en 1636 a los 81 años de edad solicitó “un relevo”. Pero el “Viejo” duró todavía otros siete años: uno en Sinaloa, en muletas pero sin guardar cama y seis más en la Profesa donde vivió tan sin consuelo humano que escribió en un papel que clavó en la pared de su cuarto las palabras de San Pablo: “No hay comparación entre los dolores de este tiempo y la gloria futura que se revelará en nosotros”. Murió el 22 de julio de 1643, a los 88 años de edad, 70 de jesuita y 50 de profesión. Fue un misionero excepcional: optimista, sencillo como paloma y astuto como serpiente, con especial carisma para atraer a los niños. Parece fácil resumir su prodigiosa actividad: “Anduvo en mula 2,000 leguas atravesó por tribus de 40 diferentes lenguas; predicaba muy bien en cinco; construyó 20 iglesias, bautizó 30,000 Mayos y evangelizó en los 4 ríos” (Decorme, 1941, t. II: 202-204 y 355, nota 9).



III. A MODO DE RESUMEN

Titulé mi trabajo “Las Misiones del Noroeste. Otra visión de la educación jesuítica” porque para el momento de la expulsión, en

1767, los jesuitas habían ya conquistado para Dios y para el Rey —mediante el método de conquista de fronteras— la parte norte de Nayarit, la mayor parte de Durango, toda la sierra de Chihuahua, el norte de Sinaloa, todo Sonora hasta el río Gila en la actual Arizona y la península de California. En total una extensión mayor que toda España y Portugal (Decorme, 1941, t. II: vii). En este sentido es perfectamente justo el título de “Ensanchadores de México” que Alfonso Trueba otorga a los jesuitas.

Para 1752, según el visitador de misiones Juan Antonio Baltasar, los jesuitas atendían, espiritual y materialmente, a 83 649 indígenas en el continente y 11 125 en la California. En total, calcula Decorme, que en el siglo y medio que misionaron los jesuitas por el Noroeste bautizaron más de dos millones de indígenas (*ibid.*: xvii).

Pero hay algunas cifras referentes a la educación escolarizada que están por investigar. Dice el Padre Burrus: “Sabemos que, en 1662, las escuelas conducidas por jesuitas para niños indios de las misiones del Norte de México, eran 54. Se podría escribir numerosas biografías para subrayar la labor social llevada a cabo por jesuitas individualmente, especialmente por nuestros Hermanos Coadjutores, muchos de los cuales enseñan en las escuelas primarias”. Entre estas escuelas o seminarios de indios hay que mencionar las de San Felipe y Santiago de Sinaloa (mencionada ya en informes de Diego Martínez de Hurdaide en 1610 y 1620), Parral, Chihuahua etc. (Burrus, 1962: 183). A este número hay que añadir: San Jerónimo Heuexotitlán, Tepahui y Oposura, que el Padre General Carlos de Noyelle —respondiendo a la petición de la congregación Provincial 19— declaró “colegios incohados”, en 1682 (Zambrano, t. V: 282). Más aún, sabemos que en el momento de la expulsión, el colegio incohado de Mátape, Son., tenía una extensa biblioteca de la que perdimos su paradero durante la Revolución de 1910 (Pradeau, 1959).

Por otro lado, traté de mostrar, al hablar de los misioneros, la fuente profunda de donde brotan estas estadísticas de las diversas formas de educar en el Noroeste: la meditación del Reino en la segunda semana de los *Ejercicios Espirituales*.

Veinte años tardaron en echar a andar tan gigantesca empresa, hasta que Diego de Avellaneda dio el golpe de timón neutrali-



zando la inercia que paralizaba a muchos de los recién llegados. El colegio indígena de Pátzcuaro tuvo un papel clave en la instauración de las misiones norteñas. A principios del siglo XVII se consolidó Sinaloa, se tendieron puentes en la sierra de Chihuahua y la costa se abrió al evangelio. A lo largo del periodo colonial unos 300 jesuitas vivieron en el Noroeste de México. Hubo de todo: grandes y pequeños, pecadores y santos, locos y cuerdos, hombres profundamente realizados en su vocación y perfectos mediocres; pero el balance favorece a los jesuitas novohispanos que, a lo largo de 178 años, tuvieron la capacidad de actuar como un cuerpo de élite en la conquista y evangelización del Noroeste. No hay duda de que el trabajo misional llegó con el tiempo a ser el más apreciado en la Provincia y más favorecido por los superiores, pues entre 1632 y 1649 tres antiguos misioneros de Sinaloa llegaron a provinciales: Luis Bonifaz, Andrés Pérez de Rivas y Pedro de Velasco y antes, en 1619, Hernando de Villafañe, fue elegido como procurador a Roma.³⁶ Durante ese periodo fundaron y mantuvieron unos 150 puestos misionales entre cabeceras y pueblos de visita; 20 privilegiados, como vimos, escucharon muy en secreto una variación en la meditación del Reino: “el que quiera venir conmigo ha de ser contento de morir como yo”. A pesar de faltas de prudencia, justamente criticadas por los modernos antropólogos, no podemos poner en duda la sangre de estos mártires. De este llamamiento del Rey —que les salió disfrazado de indio— y de la respuesta cotidiana de los misioneros amparados por el Real Patronato, brota la fuerza misionera de la Compañía de Jesús que colaboró para ensanchar la patria por el Noroeste y puso sólidas bases —de educación y economía— para que los franciscanos realizaran la conquista espiritual del Southwest que vergonzosamente perdimos, en el siglo XIX, frente a Estados Unidos.



³⁶ Luis Bonifaz estuvo dos trienios al frente de la Provincia (1634 y 1641); Andrés Pérez de Rivas (1637) y Pedro de Velasco (1646); Villafañe fue como procurador en 1619.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acuña Gálvez, Cruz.** *Amanecer en Sonora Breve noticia de los pioneros que fundaron nuestros primeros pueblos*, México, Editorial Jus, Colección México Heroico núm. 107, 1971.
- Alegre, Francisco Javier.** *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, tomo I (1566-1596), tomo II (1597-1639), tomo III (1649-1675), tomo IV (1676-1766), Nueva edición por Ernest J. Burrus SJ y Feliz Zubillaga SJ, Roma, Insitutum Historicum SJ, 1956-1960.
- Almada, Francisco.** “La expulsión de los jesuitas de Sonora”, *Boletín de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos*, Chihuahua, vol. 8, núm. 2, enero-marzo, 1953, pp. 631-634.
- Bangeret, William V. SJ.** *Historia de la Compañía de Jesús*, Santander, Sal Terrae, 1981.
- Bayle, Constantino.** *Historia de los descubrimientos y colonización de la Baja California por los Padres de la Compañía de Jesús*, Bilbao, Cultura Misional, 1933.
- Bolton, Herbert E.** “The Black Robes of New Sapain”, en *Catholic Historical Review*, Bolotn and the Spanish Borderlands, Norman, University of Oklahoma University Press, 1964, pp. 226-251.
- . “Los confines de la Cristiandad, Una Biografía de Eusebio Francisco Kino, S.J., misionero y explorador de Baja California y la Pimería Alta”, Prólogo, investigación documental y apéndice bibliográfico, Gabriel Gómez Padilla, traducción Felipe Garrido, México, Editorial México Desconocido, 2001.
- Burrus, Ernest J.** “Jesuitas portugueses na Nova Espanha (1588-1767)”, en *Brotéria* 57, 1953, pp. 547-564.
- . “Pionner Jesuit apóstoles among the Indians of New Sapain (1572-1604). Ignatian principles put into practice”, en *Archivum Historicum Societatis Jesu*, 25, 1956, pp. 574-597.



- _____. “¿Qué es lo que falta por hacer en la Historia de las Provincias Mexicanas Jesuíticas?”, en *Noticias de la Provincia Mexicana Meridional*, abril-mayo, 1962.
- _____. “El Noroeste de México, documentos sobre las misiones jesuíticas 1600-1769”, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
- Burrus**, Ernest J. y Félix Zubillaga. *Misiones Mexicanas de la Compañía de Jesús*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, colec. Chimalistac núm. 41, 1982.
- Clavijero**, Francisco Javier. *Historia de la Antigua o Baja California*, México, edición de Xavier Cacho SJ, UIA, 1986.
- Churruca Peláez**, Agustín SJ. *Primeras fundaciones jesuitas en Nueva España (1572-1580)*, México, Editorial Porrúa, Biblioteca Porrúa núm. 75, 1980.
- Decorme**, Gerard SJ. *La obra de los Jesuitas Mexicanos durante la época colonial 1572-1767*, México, Antigua librería Robredo de José Porrúa e hijos, 2 vols., 1941.
- _____. *Los grandes misioneros jesuitas de México*, México, Buena Prensa (Colección Compañía de Jesús 17), 1945.
- Del Río**, Ignacio. *Conquista y aculturación en la California jesuita 1697-1768*, México, UNAM, 1984.
- _____. *A la diestra mano de las Indias descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*, México, UNAM, 1990.
- Del Río**, Ignacio y Luis González Rodríguez. *La fundación de la California Jesuítica, siete cartas de Juan María de Salvatierra SJ. (1697- 1699)*, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, Fondo Nacional de Fomento al Turismo, 1997.
- Donohue**, John Augustine SJ. *After Kino Jesuit Missions in Northwestern New Spain 1711-1767*, Roma- St. Louis Mo., Jesuit Historical Institute and St. Louis University, 1969.
- Ducrue**, Benno. *Ducrues's Account of the Expulsion of the Jesuits from Lower California (1776-1769)*, edición de Ernest J. Burrus, Roma, Jesuit Historical Institute (Sources and Studies for the History of the Americas, 2), 1967.



- Dunne, Peter Masten. "The Expulsion of the Jesuits from New Spain, 1767", *Mid-America*, Chicago, vol. 19, 1937, pp. 3-30.
- . *Pioneer Jesuits in Northern Mexico*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1944.
- Estrada, Juan de SJ. *Breve noticia de las misiones de la Compañía de Jesús en la América Septentrional*, México, José Porrúa [II]–VIII (Biblioteca Novohispana 1), 1948.
- Flores Guerrero, Raúl. "La educación jesuita en el Noroeste de México", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 70, 1950, pp. 265-280.
- Fox, Francis SJ. "The tragedy of 1767: The expulsion of the Jesuits from (Northwestern) New Spain", en *Studies in Medievalia and Americana*, Spokane Washington, Gonzaga University Press, 1973, pp. 113-128.
- Gálvez, José de. Informe sobre las rebeliones populares de 1767 y otros documentos inéditos, edición, prólogo, índice y notas por Felipe Castro Gutiérrez, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, (Sección de Historia Novohispana, 43), 1990.
- Gerhard, Meter. *La frontera Norte de la Nueva España*, México, UNAM, 1996.
- Gómez Padilla, Gabriel. *Kino ¿Frustrado alguacil y mal misionero? Informe de Francisco Xavier de Mora SJ al provincial Juan de Palacios, Arizpe, 28 de mayo de 1689*, edición facsimilar, estudio introductorio, apéndices, notas e índices Gabriel Gómez Padilla, paleografía Enriqueta Valenzuela Tourniayre, Guadalajara, U. DE G.-COLSIN, Editorial Amate, 2004.
- González Rodríguez, Luis. "Itinerario del destierro de los misioneros de Sonora y Sinaloa según los diarios de los arrieros y el epistolario oficial", en *La compañía de Jesús en México. Cuatro siglos de labor cultural (1572-1972)*, México, Editorial Jus, 1972, pp. 101-194.
- . *Etnología y Misión de la Pimería Alta 1715-1740*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1977.



- _____. *El Noroeste Novohispano en la época colonial*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 1993.
- Gutiérrez**, Alfonso René. *Edición crítica de la vida del VP Juan María de Salvatierra escrita por el VP César Felipe Doria*, México, CONACULTA-Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noroeste, 1997.
- Gutiérrez** Casillas, José SJ. *Santarén conquistador pacífico*, México, Editorial Jus, Colección México Heroico núm. 31, 1964.
- _____. *Mártires jesuitas de los Tepehuanos*, México, Tradición, 1981.
- Iparraguirre**, Ignacio SJ. *Obras completas de San Ignacio de Loyola*, edición manual, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos 86, 1963.
- Kino**, Eusebio Francisco. *Las Misiones de Sonora y Arizona, comprendiendo: La crónica titulada: Favores Celestiales y la Relación Diaria de la Entrada al Noroeste*, Versión paleográfica e índice por Francisco Fernández del Castillo, con noticias bibliográficas del Padre Kino y sus exploraciones y fundaciones por el Dr. Emilio Bosé, México, Editorial Porrúa S.A., 1989.
- Lacouture**, Jean. *Jesuitas*. 2 vols., Barcelona/Buenos Aires- México, Paidós, Estado y Sociedad, 1994.
- Lazcano**, Carlos y Denis Pericia. *Fernando Consag textos y testimonios*, Ensenada B. C., Fundación Barca, Municipalidad de Veracruz, Museo de Historia de Ensenada Seminario de Historia de B. C., Colección de documentos sobre la Historia y Geografía del Municipio de Ensenada, 2001.
- Montané**, Julio César. *La expulsión de los jesuitas de Sonora*, Hermosillo, Contrapunto 14, 1999.
- Newman**, José, Luis González R. (ed.). *Historia de las rebeliones en la Sierra Tarahumara (1626-1724)*, Chihuahua, Editorial Camino, 1991.
- Ortega**, José y Juan Antonio Baltasar. *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús en la Provincia de México. Maravillosa reducción y conquista de la provincia de San Joseph del Gran Nayar. De los principios progresos y decaimiento de*



la conquista espiritual de provincia de la Pimería alta por la muerte del P. Eusebio Francisco Kino, De nuevos progresos varios descubrimientos y entradas y estado presente de la Pimería alta, Prólogo de Juan B. Iguíñez, México, Editorial Layac, 1944.

Ortega Noriega, Sergio. *Un ensayo de Historia Regional, el Noroeste de México 1530-1880*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1993.

———. “Apreciaciones generales sobre la expulsión de los jesuitas de Sonora y Sinaloa”, Memoria del VI Simposio de Historia de Sonora, Hermosillo, UNISON, Instituto de Investigaciones Históricas, 1981, pp. 88-104.

Pérez Alonso Manuel Ignacio (ed.). *La Compañía de Jesús en México cuatro siglos de labor cultural (1572-1972)*, México, Editorial Jus, 1972.

Pérez de Rivas, Andrés. *Historia de los triunfos de nuestra Santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe. Precedida de los naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, 3 tomos, México, Editorial Layac, 1948.

Polzer, Charles W. *The evolution of the Jesuit mission system in Northwestern New Spain, 1600-1767*, Tucson, Dissertation at the University of Arizona, 1972.

———. *Eusebio Kino SJ padre de la Pimería Alta, biografía de Eusebio Francisco Kino civilizador de Sonora, explorador de Arizona, misionero en la Pimería Alta y Guía de sus misiones y monumentos*, Tucson Az, Southwestern Mission Research Center, 1972.

———. *Rules and Precepts of the Jesuit Missions of the Northwestern New Spain*, Tucson, University of Arizona Press, 1976.

Polzer, Charles W y Ernest J. Burrus. *Kino's Biography of Saeta*, Translated, with an epilogue by Charles W. Polzer, Original Spanish Text edited by Ernest J. Burrus, map of the area drawn by Don Bufkin, Rome- St. Louis Mo, Jesuit Historical Institute, 1971.

Pradeau, Alberto Francisco. *La expulsión de los jesuitas de las provincias de Sonora, Ostímuri y Sinaloa en 1767*, México, Porrúa (Biblioteca histórica mexicana de obras inéditas núm. 24), 1959.



- Ramírez**, Francisco. *El antiguo colegio de Pátzcuaro*, México, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 1987.
- Ricard**, Robert. *La conquista espiritual de México ensayo sobre el apostolado y los métodos, misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Shiels**, W. E. *Gonzalo de Tapia*, Guadalajara, Ediciones Canisio, 1958.
- Soler Frost**, Pablo. *1767 una novela sobre el destierro de los jesuitas mexicanos*, México, Joaquín Mortiz, 2004.
- Silva Antonio**, Gabriela. *Catálogo de documentos para la historia de las misiones*, Culiacán, Universidad Iberoamericana/El Colegio de Sinaloa, 2001.
- Trueba**, Alfonso. *Cabalgata heroica. Misiones jesuíticas en el Noroeste*, México, Jus, Figuras y episodios de la Historia de México núms. 21 y 22, 1955.
- _____. *Ensanchadores de México*, 2a. ed., México, Jus, 1959.
- Zambrano**, Francisco SJ. *Diccionario Bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, México, tomos I-XIV (siglos XVI y XVII); desde el tomo XII fueron editados por José Gutiérrez Casillas SJ en editorial Jus; los tomos XV y XVI (Editorial Tradición) fueron resumidos por José Gutiérrez Casillas SJ. 1961-1977.
- Zubillaga**, Félix. *Monumenta Mexicana*, tomo I (1570-1580), tomo II (1581-1585), tomo III (1585-1590), tomo IV (1590-1592), tomo V (1592-1596), tomo VI (1596-1599) y tomo VII (1599-1602), Roma, Monumenta Historica SJ, 1956-1981.
- _____. “Urbanización y labor misional entre los pueblos de indios nómadas del Norte de México” en *Revista de Indias* 32, 1972, pp. 269-290.
- _____. Jesuitas en la primera evangelización de América, “Los jesuitas en México enseñan, aprenden y evangelizan”, en *Jesuitas* (1979-1980), *op. cit.*, pp. 15-21.

